

La guerra de las audiencias. Episodio I

La amenaza fantasma

Juan Mairena
Periodista

Hace mucho tiempo, en una lejana galaxia, un audaz joyero cuyas inquietudes iban más allá del puro arte de la orfebrería, empezó a imaginar con esa febril obsesión de los inventores la manera más fácil de superar el manuscrito y conseguir la reproducción de libros en serie. Cuando manipulaba aquellos viejos tipos móviles y la rudimentaria prensa que alimentaba cada día con tinta de humo y barniz, **Gutenberg**, absorto en su minuciosa tarea de artesano y anacoreta, seguramente no era consciente de la repercusión que su invento tendría para la humanidad. Con la imprenta nació una poderosa fuerza que daría lugar a fenómenos como el nacionalismo o el individualismo, una fuerza que bien podría llamarse así, *La fuerza*, aunque otros prefieran otorgarle el título de *El cuarto poder* o, simplemente, el de *Mass media*. Los talleres de impresión se expandieron rápidamente por el mundo civilizado logrando satisfacer el importante déficit cultural e informativo con una nueva e imbatible forma de comunicación. Pero *La fuerza* también tenía su lado oscuro y los textos impresos se convirtieron rápidamente en un instrumento de propaganda y persuasión. Aparecieron las primeras hojas noticiosas que en muchas ocasiones eran utilizadas para ensalzar las victorias militares o desacreditar al enemigo con la descripción cruel y pormenorizada de sus más terribles atrocidades. La Iglesia también supo aprovecharse de las virtudes de este nuevo prodigio hasta que **Lutero** le asestó 95 puñaladas en forma de tesis, un gesto heroico que no hubiera trascendido más allá de la catedral de *Wittenberg*, de no ser por la difusión que la Reforma tuvo en toda la cristiandad. Así, la *Galaxia de Gutenberg*, con sus reformas y revoluciones, sus imperios y repúblicas, sus guerras y capitulaciones, giraba entorno a un astro de luz y de sombras cuya influencia sobre las conciencias jamás antes, se había conocido. No a mucha distancia de allí, la *Constelación de Marconi* aumentó sus esfuerzos por llegar a un mayor número de mentes a través de la radio y la prensa de masas. Y después, fue la *Galaxia de Logie Baird* la que se sumó a esta carrera por la colonización de las conciencias con el despliegue de la televisión y los satélites estelares.

En nuestros días, el poder de *La Fuerza* es tal, que resulta muy difícil, si no imposible, sustraerse a su ladina influencia. La televisión, uno de sus más sofisticados instrumentos, entra cada día en miles de hogares modificando lenta y sutilmente las actitudes de quienes la contemplan, igual que un fantasma sigiloso que se instala cómodamente en una casa para apoderarse sin prisa, pero sin pausa, del alma de sus habitantes. Un fantasma que conoce muy bien los mecanismos de la hipnosis y los resortes de la ilusión, que sabe atraernos con espejismos fatuos y modelos de realidad. Pero ese fantasma no vive sólo de la ignorancia de los poseídos, es adiestrado cada día por el marketing y la publicidad, alimentado por los políticos y su discurso vacuo, por la verborrea de los persuasores invisibles, de los que nos venden el gato disfrazado de liebre, de belleza, de democracia, de transparencia o de honestidad.

La televisión es una ventana al mundo, pero hay muchos mundos y muchas formas de asomarse a ellos. Sin embargo, se nos ofrece un mundo prefijado, recortado y enlatado en

las redacciones y estudios de grabación. Un mundo que prima el conflicto y la tragedia, lo ideal sobre lo real, el espectáculo antes que la cultura, antes que la educación o la investigación. Los titulares se nutren ávidamente de desastres humanitarios, de territorios masacrados por la limpieza étnica o por algún fenómeno incontrolado de la naturaleza. Un país, una región de la que nunca hemos oído hablar, se sitúa de repente en el epicentro de la actualidad, pero cuando ya no quedan heridos ni muertos que exhibir, ese país, esa región perdida en algún rincón del universo, vuelve a desaparecer con la misma insólita urgencia que apareció un día en la chistera mágica del televisor. De esa forma, el modelo del mundo diseñado en los gabinetes políticos, publicitarios o informativos, termina convirtiéndose en la única realidad. Y los impasibles espectadores acaban también asumiendo esa única verdad, confundiendo el modelo con la realidad, los gigantes con los molinos de viento. En la *Galaxia de Gutenberg*, *Alonso Quijano* fue la víctima de las novelas de caballería. En nuestra época todos somos víctimas potenciales de los efectos ilusorios de la televisión. Desde la aparición de las cadenas privadas, la calidad de la programación ha quedado supeditada a los intereses comerciales y, al mismo tiempo, a una nueva amenaza: la guerra de las audiencias. Ya no importa sólo vender más, sino vender más que nadie. Si alguna vez los medios de comunicación hicieron gala de su oferta televisiva, ahora se pavonean exhibiendo gozosamente sus cuotas de pantalla. Y la sociedad no sólo está indefensa ante esta amenaza, sino que acepta el juego y forma parte de él. Se acude al programa de mayor audiencia porque es el programa del que más se habla. De la misma forma que se tiende a comprar el libro que más ejemplares ha vendido, independientemente de su calidad literaria.

Tal vez no haya manera de parar esta guerra frenética y absurda, pero sí una forma de paliar los efectos nocivos de la televisión y su influencia en la sociedad. Y esa tarea corresponde a las instituciones encargadas de la formación de los ciudadanos. En una sociedad de consumo como la nuestra y donde los niños pasan una media de 20 horas semanales ante la pantalla, no sería muy descabellado formarles no sólo como potenciales o futuros profesionales, sino además, como los consumidores y receptores de medios de comunicación que ya son.